

MARINA SANTINI

Palabras e imágenes: alimento de libertad. La relación educativa en Hildegarda y Herralda.*

Lo que expondré en la primera parte es fruto de un trabajo que hemos desarrollado las que estamos en la Comunidad de práctica pedagógica y de investigación histórica siguiendo la pasión de Mariri Martinengo por la Edad Media: Mariri se ha dedicado al estudio de Hildegarda y le reconocemos como nuestra “maestra”. La investigación sobre Herralda la empecé algo temerosa e insegura, porque no quería que fuera un objeto de estudio como otro cualquiera, pero carecía de instrumentos que me permitieran hacerla de otro modo. En el intercambio continuo dentro de nuestra comunidad y, en particular, con Claudia Poggi que compartió conmigo la investigación sobre esta abadesa, tomó forma un tipo de investigación distinto, un ponerse en primera persona en relación directa con la figura que iba descubriendo: después del primer encuentro con Herralda, empecé a dejarme guiar por ella, dirigí a Herralda la mirada libre alcanzada con la política de las mujeres y con la enseñanza de Mariri y, de simple compiladora de una *Summa* medieval, Herralda pasó a ser una autora que usó sabiamente la imagen para decir su libertad.

Desplazaré la atención, dentro de lo posible, de las *magistrae* a las *discipulae*, a cómo supieron y quisieron estas, moldeadas por la sabiduría de la madre, atenerse a la relación y crecer en ella.

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

Por tratarse de una época lejana, podemos hablar de acción educativa refiriéndonos a lo que ha llegado hasta nuestro presente.

Hildegarda de Bingen y Herralda de Hohenburg vivieron en el siglo XII, siendo más seguras y numerosas las noticias sobre Hildegarda que las de Herralda, en la misma área geográfica, siendo pocos los kilómetros que separan los monasterios de los que fueron abadesas. No sabemos si tuvieron contactos entre sí pero sabemos que pertenecieron al gran movimiento de prosperidad espiritual, política, intelectual y artística que nació dentro de los monasterios. Como es sabido, estos lugares no estaban ni aislados ni protegidos sino que permitían a quienes allí habitaban mantener relaciones sociales con el mundo, refinar su espiritualidad, hacerse con una cultura, nutrir el conocimiento con la escritura, la pintura y la ejecución y composición de música, experimentar curas con las plantas medicinales que cultivaban en sus huertos, o gobernar con cuidado enormes territorios y las poblaciones que en ellos residían.

Para las mujeres, en el contexto histórico de la Alta Edad Media, sobre todo para las de las clases altas, el monasterio era una oportunidad de elegir una vida fuera de los esquemas, de disponer de tiempo según los propios gustos, de estar en otro orden, sin someterse a las reglas del padre.

Hildegarda de Bingen

Hildegarda nació en 1098 en una familia noble de la región renana, la última de diez hijos. Además de textos autobiográficos y cartas, ha dejado muchas obras, que abarcan campos distintos: la cosmología, la ética, la medicina, la poesía mística...

Es conocida como profeta: es la Sabiduría la que habla a través de ella. A ella recurrieron papas y emperadores: recuerdo, por citar solo a los grandes, a los papas Eugenio III, Anastasio IV y Adriano IV, a los soberanos

Conrado III, Federico Barbarroja, Enrique II de Inglaterra, Leonor de Aquitania e Irene, emperatriz de Bizancio.

Desde pequeña fue consciente de su talento: las visiones que caracterizarán toda su vida: “A los tres años de edad vi una luz tal que mi alma tembló, pero debido a mi niñez nada pude proferir acerca de esto. A los ocho años fui ofrecida a Dios para la vida espiritual y hasta los quince años vi mucho y explicaba algo de un modo simple. Quienes lo oían se sorprendían, preguntándose de dónde venían o de quién eran las cosas que decía”.¹

Sus visiones, según ella misma escribe, son concretas y no tienen nada que ver con el sueño, el trance o el éxtasis. Hildegarda subraya que ve con el ojo interior, pero está siempre perfectamente lúcida. La mujer a la que había sido confiada para que la instruyera, la abadesa Jutta de Sponheim, se dio cuenta de este don de Hildegarda. Fue el apoyo de su maestra lo que le dio seguridad; solo más tarde prevalecerá el estímulo interior que la lleva a exponerse. Hasta los cuarenta años se guardó dentro estas visiones, hasta que se vio “obligada por grandes dolores a manifestar lo que había visto y oído. [...] tenía mucho miedo y me daba vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo. Mis venas y mis médulas estaban entonces llenas de fuerzas que, en cambio, me habían faltado en la infancia y en la juventud”.² A sugerencia del monje Volmar, su maestro, empieza a escribir para entender de dónde proceden esas visiones.

“Comprendiendo finalmente que venían de Dios [...] colaboró conmigo con gran entusiasmo en este mi escribir”.

Hildegarda acogió la ayuda de Volmar solo en lo relativo a la sintaxis y la gramática pero no admitió intervención alguna que modificara el vocabulario o el contenido. Su seguridad derivaba probablemente también del hecho de que un año antes, en 1136, había sido elegida abadesa por las monjas de Disibodenberg, sucediendo a su amada maestra Jutta, la que le había apoyado.

Dice que comprendió así, con las visiones, los textos sagrados y filosóficos: “Pero también compuse cantos y melodías en alabanza a Dios y a los santos, sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba, también sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto”.³

Dará siempre mucha importancia a la música como sinfonía cósmica, y en muchas visiones aparecen coros de ángeles y ángeles músicos. La voz humana es la que más se acerca a la música de las esferas celestes.

En 1147, el papa Eugenio III (Sínodo de Tréveris) aprobó los escritos visionarios de Hildegarda y, al año siguiente, Odón de París le escribió elogiando su originalidad y planteándole cuestiones teológicas, reconociendo su opinión distinta y superior. Aclarado su papel profético, fue llamada a dar consejo a autoridades seculares y religiosas, y a veces es ella misma la que lo ofrece. Empieza así una intensa actividad de viajes de predicación a monjes, obispos, clero y laicado, en las abadías, en los sínodos, en las ciudades. En 1150 llegó el momento de obtener la independencia para su comunidad. Fue un período de gran tensión, que le produjo fuertes migrañas consecuencia de los obstáculos que encontró. De Disibodenberg quiso trasladarse a Rupertsberg (a unos 30 kilómetros), y fundar allí su propio monasterio. “Sufrí esto por no manifestar la visión que me había sido mostrada, acerca de que debía trasladarme con mis jóvenes del lugar en el que había sido consagrada a Dios. Estuve afligida hasta que nombré el lugar en el que ahora estoy, y de inmediato recuperé la visión sintiéndome más ligera [...]”.⁴

La oposición de los monjes de Disibodenberg (del abad Kuno) fue dura, pero Hildegarda consiguió lo que quería. La noble marquesa von Stade intervino ante el arzobispo de Maguncia defendiendo la causa de Hildegarda. “Y aquí llegamos con veinte jóvenes de noble y rico linaje [...]”.

Pero los monjes insistieron en impedir que con las jóvenes se fuera también el patrimonio que habían llevado consigo: y entonces ella hizo al abad una

petición más bien violenta, sugerida por la visión: "... sus limosnas no te pertenecen ni a ti ni a tus hermanos... Si alguno entre vosotros -¡indignos!- os dijera pues ahora vamos a quitarles algo de lo que tienen, entonces EL QUE ES diría que sois los peores depredadores... Con estas palabras imploré al abad y a sus monjes que nos garantizaran la propiedad del lugar y de las posesiones de mis hijas, me la garantizaron, y fue registrado en un códice".

En Rupertsberg constituyó su propia comunidad, conocida porque, entre otras cosas, "en los días de fiesta, con fines ornamentales, [las monjas] se cubren con velos blancos, se ponen en la cabeza coronas refinadamente tejidas, [...] adornan con anillos sus dedos [...]", según escribe a Hildegarda una canonesa, Tengswindis, cuya curiosidad había sido despertada por los rumores que circulaban sobre las costumbres del monasterio. También aquí Hildegarda explica que este modo de vestir le había venido en una visión.

En el *Liber vitae meritorum* (1158-63), Hildegarda sigue proclamando la conciencia de su quehacer profético como instrumento de Dios. "En la visión vi tres torres [...]. En la primera estancia había chicas nobles con otras, que escuchaban con amor ardiente las palabras de Dios que salían de mi boca: de esto eran casi insaciables".

Con esta cita paso a la relación entre

Hildegarda y Adelaida

La tarea de estudiar la importancia del sí a la relación educativa que hace crecer e ir por el mundo es, para Hildegarda, más bien sencilla porque disponemos de sus cartas. En estas, las discípulas, ya adultas y en grado de gobernar o fundar nuevos monasterios, piden apoyo a Hildegarda, porque tienen miedo de no poder afrontar las responsabilidades, están inquietas, abrumadas por crisis espirituales, pero también, conscientes de haber alcanzado una autoridad propia, ofrecen su colaboración: el vínculo

que desean mantener con la madre las fortalece. E Hildegarda, que cuida las relaciones, responde a todas con solicitud.⁵

Una de las cartas estudiadas por Marià Martinengo testimonia bien el paso simbólico del ser alumna a la separación de la maestra y a la relación que tiene en cuenta todo lo que se ha aprendido.

Adelaida, sobrina de la marquesa von Stade, pasó su infancia y adolescencia en Disibodenberg y luego en Rupertsberg; después de 1150 fue abadesa del monasterio de Gandersheim, en Sajonia. Desde aquí escribió a Hildegarda una carta en la que es evidente el reconocimiento



Mapa de Europa en tiempos de Hildegarda y Herralda

de lo que ha llegado a ser gracias a su maestra. Se compara con el fruto ahora ya separado del árbol, pero en el que se reconoce la bondad que deriva de la nutrición que ha recibido. “El árbol bueno reconocido como tal por su fruto, no debe ser olvidado nunca [...] así tú no has salido nunca de mi corazón; por lo cual, tú debes acordarte con frecuencia de mí, que estuve unida íntimamente a ti por un vínculo de amor y devoción. Por eso, no quiero que la flor del antiguo alimento se marchite en tu corazón, esa flor que entre tú y yo estuvo antaño en plena lozanía, cuando dulcemente me educabas [...] Yo, en cuanto se presente la oportunidad, si place a Dios, no aplazaré mi visita, con el fin de que sea posible hablar de viva voz y, cogidas de la mano, ocuparnos de lo que es conveniente hacer...”⁶

Es un testimonio de la obra educadora de Hildegarda: Adelaida reconoce que lo que ha llegado a ser es fruto de la formación recibida, y quiere también que ese viejo vínculo se refuerce y le dé energía nueva. El encuentro directo con la maestra es un enriquecimiento que sigue necesitando.

Lo que desea es que se entable un intercambio entre las dos comunidades, la que ahora gobierna y la de Hildegarda, que fue la suya, porque dice que les hará bien a sus hermanas. Pero es también consciente de haber alcanzado una autoridad personal, derivada de los principios recibidos y de la experiencia obtenida, y sabe que puede, a su vez, dar apoyo y colaboración en la búsqueda de lo que es bueno para todas. En esta posibilidad de intercambio madura la acción pedagógica. La maestra podrá contar con ella. Adelaida, después del encuentro con Hildegarda, se hará a su vez árbol y transmitirá a sus hermanas y discípulas el vigor y la sabiduría obtenidos precisamente en ese encuentro.

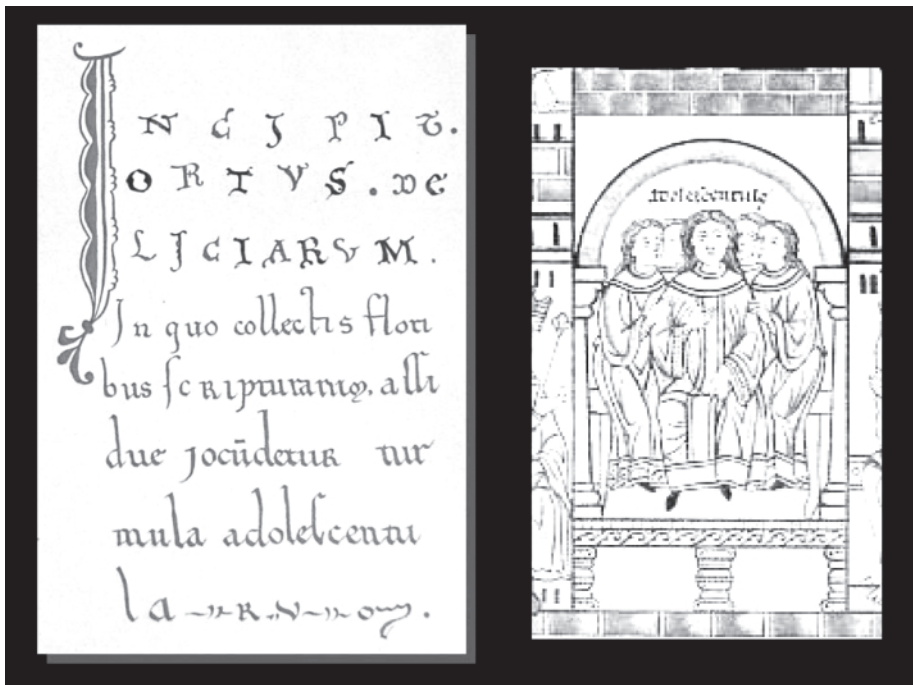
El más de la presencia física necesario entonces por la dificultad de las comunicaciones, resulta ser hoy, en una época de relaciones “virtuales”, todavía más importante, sobre todo en la relación educativa: el tiempo, la disponibilidad, el estar ahí cuando es necesario, no pueden ser sustituidos por las técnicas que ocultan los cuerpos.

“Ore ad os, manu ad manum” [“De boca a boca, de mano a mano”] le pide Adelaida a Hildegarda: es esto lo que piden las alumnas (y los alumnos) para crecer.

Herralda de Hohenburg

Herralda es la autora del *Hortus deliciarum*, un texto síntesis del saber de la época, pensado, escrito y ricamente miniado para las jóvenes “adolescentulae” que se educaban en el monasterio de Hohenburg: una especie de libro de texto.

Partiré de la compleja representación que aparece en las dos últimas páginas del *Hortus*, que pone en evidencia la conciencia de Herralda de



Hortus deliciarum. Incipit

pertenecer a la historia del monasterio, cuya genealogía y filiación representa.

Se dibuja aquí la historia interna, desde la primera fundación, del monasterio de Hohenburg, construido en las lomas de los Vosgos, a pocos kilómetros de Estrasburgo. Como es propio de la época, la dimensión de las figuras destaca la importancia que tienen en el asunto.

Es una gran síntesis de la historia del monasterio: las dos fundaciones, la de Odilia en el siglo VII y la restauración de la reformadora Relinda que, cinco siglos más tarde, introdujo la regla de San Agustín, y las historias personales de las dos protagonistas.

Hablar de Herralda quiere decir hablar también de Odilia, la fundadora de la congregación, y de Relinda, su predecesora como abadesa.

Según la tradición, el monasterio fue fundado en el siglo VII, en época merovingia, por el duque Etelrico, para el recogimiento y la oración, en un lugar ya seleccionado por las poblaciones primitivas de origen celta o germánico para la celebración de ritos sacros.

Odilia, emparentada con los duques de Alsacia, es la primera abadesa de Hohenburg; ahí reunió a ciento treinta monjas procedentes de familias importantes de Escocia e Inglaterra. Murió en el 720. Su padre le cedió el monasterio masculino de Hohenburg, donde Odilia ejerció su autoridad también sobre los monjes, como en la tradición de los monasterios dúplices. Su fama ha llegado hasta hoy: hoy es la patrona de Alsacia, y el monasterio sigue siendo un lugar de peregrinación.

De la leyenda, que habla de la ciega Odilia que con el bautismo obtiene milagrosamente la vista, podemos tomar la metáfora de la luz: el monasterio de Hohenburg irradia la fe en lugares paganos. Pero más interesante es la imagen de Odilia como luz para Relinda y Herralda, en su calidad de madre espiritual: el *Hortus deliciarum*, obra proyectada por Relinda y Herralda y

elaborada por esta última, es un tributo a la santa fundadora: las miniaturas⁷ exaltan el placer de los ojos hablando al espíritu.

Hasta el siglo XII, época de Relinda y de Herralda, quedan pocas noticias del monasterio, que sigue la tradición de los *monasterios de estirpe* típicos de la época otónida, a los que van a vivir los parientes de las familias nobles. Hohenburg estuvo implicado en los conflictos entre el papado y el imperio y en la lucha de las investiduras, fue saqueado y condenado a la ruina.

En el siglo XII, Federico Barbarroja, en su proceso de conquista del título imperial, se ocupó de restaurar el monasterio a su antigua fama, sobre todo por la importancia estratégica de la abadía-fortaleza para defender las fronteras del imperio; él mismo llamó a Relinda para que dirigiera el renacer de la fundación religiosa después de su decadencia.

Relinda llegó de Bergen en Baviera, donde gobernaba el monasterio de la Santa Cruz, un lugar abierto a los intercambios culturales, llevando consigo ocho monjas. Por su cultura y por lo que se sabe de la biblioteca de Bergen, pudo idear el *Hortus deliciarum* que Herralda, su sucesora, llevaría a cabo.

En una piedra conservada en Hohenburg están esculpidos, a los pies de la madre común según la fe, María, los bustos de Relinda y de Herralda, la maestra y la alumna, a su vez convertida en maestra: es un testimonio de su relación –humana, espiritual, creativa-, el reconocimiento de lo que una le debe a la otra. Con sus manos abrazan a María y sostienen, ofreciéndolo, un libro. El manuscrito que ofrecen a la madre es el *Hortus deliciarum*, producto del trabajo común para las chicas que les han sido confiadas y destinado simbólicamente a las “hijas” futuras.

En la última página del códice, hay una inscripción que dice: *Herralda, abadesa de Hohenburg, ordenada después de Relinda y formada por sus*

consejos y ejemplos. (Herrat Hohenburgensis abbatissa post Relindam ordinatam ac monitis et exemplis ejus instituta). Explica con claridad su genealogía espiritual, su “filiación” de la maestra Relinda, su predecesora en el gobierno del monasterio y cuyas enseñanzas y ejemplo dice que la han formado.

No sabemos mucho de la familia de Herralda.

Sucedió a Relinda en 1176 y, en la línea de la enérgica reformadora que había logrado restaurar el monasterio, Herralda se preocupó de recuperar el patrimonio (tierras y bienes) que había sido enajenado en la época de desórdenes, obtuvo donaciones nuevas e hizo compras o donaciones estratégicas. Entabló alianzas con las abadías cercanas, como la de Marbach, que probablemente puso a su disposición su rico *scriptorium* con sus manuscritos, probable fuente para la redacción del *Hortus deliciarum* de Herralda. En el propio manuscrito hay textos poéticos de dos canónigos de Marbach que elogian la abadía de Hohenburg en reconocimiento explícito de la autoridad de la abadesa y de sus dotes intelectuales y espirituales.

Herralda y el *Hortus deliciarum*

Comienza el jardín de las delicias. Que el conjunto de las adolescentes saboree con frecuencia y alegría las flores aquí recogidas.

Es un grandioso tapiz en el que se entrelazan textos escritos e imágenes miniadas. Tuvo una gestación larga y una elaboración todavía más larga (unos treinta años); tal vez la propia Herralda empezara a trabajar en este proyecto como miniaturista en el *scriptorium* del monasterio: una de las monjas retratadas en el colofón que cierra el manuscrito, lleva el nombre de Herralda, que podría ser la que fue primero discípula y después autora.

Uniendo el tratado teológico con la enciclopedia, es una *summa* del saber altomedieval, obra edificante y modelo del arte figurativo; el *Hortus deliciarum* recoge escritos de diversos autores, que presenta en un marco

orgánico de referencia, fruto de la colaboración entre las dos abadesas, y una gran cantidad de imágenes que no son solo apoyo o ilustración de los textos, sino que se convierten en un texto privilegiado, un ámbito de lectura original de la historia de la salvación, capaz, como es característico de las obras de arte, de seguir hablándonos también en la actualidad.

El texto se subdivide en cuatro secciones: a partir de la creación del Universo se delinea la historia de la salvación, siguiendo las etapas del relato bíblico; con los Evangelios y los Hechos de los apóstoles, se realiza y se cumple la salvación con la llegada de Cristo; sigue la constitución y la difusión de la comunidad de creyentes que se desgrana en la descripción de las funciones de los diversos miembros de la Iglesia y, finalmente, se cierra el círculo, retornando al inicio de la obra con el desarrollo del tema de los “novísimos”, la nueva creación, vinculada con el Adviento, con el juicio final, los condenados y los bienaventurados, el Infierno y el Paraíso.

En esta última parte, la iconografía es especialmente relevante porque deja sitio a la historia contemporánea y a las protagonistas que crearon el manuscrito.

Los fragmentos iniciales del *Hortus deliciarum*, la dedicatoria en verso y en prosa, y algunas poesías insertas en varios puntos de la obra son originales de Herralda; el resto es una compilación de más de cien textos de entre pocas líneas a páginas enteras.

El propósito primario del *Hortus deliciarum* es la educación. Herralda, madre espiritual, no puede no plantearse el problema de las hijas: en la *Salve* saluda a las jóvenes vírgenes y las exhorta al estudio y también a la belleza:

Herralda devotísima
vuestra muy fiel
madre y esclava
cánticos os canta.

[...]

Entre tanto rodéate
de ornamentos escogidos,
embellece tu rostro
mientras purificas la mente.

[...]

Que este libro te sea útil,
te sea fuente de amor,
léelo con el corazón
que ayuda al intelecto.

Para ella, como para Hildegarda, el cuerpo es espejo del alma y el cuidado de la belleza es importante, como lo es el saberse adornar para honrar a quien nos ha creado.

La autorrepresentación final nos dice que para cada una de ellas, la salvación –el camino de la fe- ha pasado y pasa en concreto por ese monasterio en la montaña. Y este crecimiento se ha nutrido también de su trabajo.

La línea genealógica femenina en la que se sustenta Hohenburg –la fundadora Odilia, la restauradora de la orden Relinda, la gran abadesa Herralda- tiene su filiación natural en el grupo de las novicias. El *Hortus deliciarum* está pensado para la formación y el estudio de las jóvenes, es un modelo concreto de aprendizaje. Podríamos definir la pedagogía de Herralda como una didáctica activa: un compendio de conocimientos fundamentales de la cultura y el saber monacal que era adquirido con la práctica textual. *Lo he compilado siguiendo la inspiración divina como una pequeña abeja y en alabanza y honor de Cristo y de la iglesia, y para vuestro disfrute lo he reunido en un único panal de miel. Por eso es importante que vosotras os nutráis de la dulce lectura de este libro con asiduidad...*

Herralda es muy clara: como una abeja ha ido recogiendo los textos de flor en flor, pero no se ha limitado a hacer un simple *collage*; ha querido dar a su

estructura un sentido unitario, juntando las piezas según un criterio, de modo que saliera *un único panal de miel*.

La parte iconográfica ocupa más de un tercio del conjunto del manuscrito; a veces las imágenes se alternan procediendo en paralelo, a veces se distancian hasta ofrecer incluso una interpretación distinta de la del texto escrito. Es aquí donde resulta evidente la distancia entre los textos que respetan la doctrina y la teología de la época que Herralda sugiere que sus alumnas estudien, y su libertad de interpretación, que se expresa en las imágenes y en las breves notas al margen que enriquecen la página. Es tal vez así como ella quiso comunicar la libertad a sus alumnas.

Dos ejemplos:

1 – *Escala de las Virtudes* donde la imagen se aparta completamente del texto de referencia. El texto, de Honorio de Autun, elenca las virtudes, cada una de ellas colocada en un peldaño de la escalera. Son quince las formas de misericordia para poder llegar a la visión beatífica de Dios (tres, en referencia a la trinidad, por cinco en alusión a los sentidos). “[...] Así el primer peldaño de esta escalera es la paciencia, con la que la eterna sabiduría de Dios enseña a conquistar las almas. En el segundo peldaño se coloca la benevolencia, por la que se merece ser asociados con los ángeles... En el tercer peldaño está la piedad, con la que se obtiene la dulce unión con los habitantes del cielo [...]

En la miniatura, en cambio, encontramos una serie de personajes en equilibrio precario: jóvenes nobles, una religiosa, un monje y un clérigo, un eremita... atraídos por los bienes terrenales y por los placeres de la carne, tentados por demonios listos para lanzar flechas. No basta con haber llegado casi a la meta para no tener tentaciones y precipitarse por la escalera. Aquí la autora sigue probablemente el despertar de la espiritualidad europea de la época, con los movimientos de pobreza voluntaria.

Aunque es evidente la distancia entre lo que aparece en la imagen y el texto de referencia, no he encontrado entre los diversos comentaristas del *Hortus deliciarum* a nadie que trate de esta discrepancia.

Otro ejemplo es el *Nacimiento de Eva* :

En la iconografía tradicional, el cuerpo de Eva sale de la costilla de Adán, en una especie de parto intercostal: hay numerosos ejemplos (un bajorrelieve del siglo XI en Andlau, no lejos de Hohenburg, o los bajorrelieves de la



Hortus deliciarum. Nacimiento de Eva

catedral de Módena, o la lápida de la catedral de Orvieto del siglo XV, o las decenas de imágenes que cada una de nosotras conoce).

Herralda, en cambio, opta por inspirarse en otros modelos procedentes de la tradición oriental, presente en algunos manuscritos de Bremen del siglo XI, relatos árabes que hablan de árboles con cabeza de adolescentes. Eva es cogida por el Creador directamente del árbol de la vida, cuyos frutos, como en la tradición árabe, son cabezas de mujer y de adolescente. Los frutos-adolescente que se abren en el árbol sugieren la idea de una visión del nacimiento alejada del sufrimiento y del dolor. En esta imagen, es el deseo de una relación privilegiada con la divinidad, un diálogo directo, lo que se da en las miradas entre el Creador y la criatura. El nacimiento no desgarró los cuerpos. Eva no depende de Adán.

La gama de las obras y de los fragmentos elegidos es muy variada: el libro tiene que ser también placentero (*mellifluum favum*), por lo que se intercalan textos poéticos que aligeran la fatiga del estudio y facilitan el aprender de memoria, y numerosos dibujos en color hacen más agradable e inmediata la comprensión. La atención de Herralda al aprendizaje es constante: los textos que elige pueden favorecer el conocimiento del latín, que no es la lengua materna, aunque se conociera por ser la lengua del imperio y de la iglesia. Hay numerosas glosas en uno de los dialectos del alto alemán; junto a las imágenes aparecen, como en nuestros manuales para principiantes, las palabras relativas a instrumentos musicales, a objetos..., listas de términos latinos llevan al lado su traducción: un vocabulario con las palabras latinas menos frecuentes para entender mejor el texto. Y también las anotaciones musicales para que las jóvenes de Hohenburg pudieran aprender a leer la música y a tocarla o cantarla y, por qué no, para estimularlas quizá a crear melodías nuevas. Se da asimismo espacio a la composición de poesías, algunas atribuidas a Herralda; algunos textos poéticos siguen la métrica latina clásica, otros más modernos toman de la danza el ritmo, con cadencias rápidas y cerradas.

Vuelvo a la imagen con la que he empezado.

Las dos abadesas Relinda y Herralda, desde *Relinda ordinata* como se lee sobre la cabeza, se miran: entre ellas, sesenta monjas retratadas cada una según su singularidad, con su nombre, el color de su ropa, la postura del cuerpo y de la cabeza.

La propia Herralda se representa, en el mismo plano simbólico que Odilia y Relinda, llevando un cartel en el que se dirige a sus alumnas:

Oh flores blancas como la nieve

que emanáis perfumes

de virtud,

siempre mostrados en la corte divina,

despreciad el polvo de la tierra, corred al cielo,

al cielo

y ahora gozad viendo

al esposo escondido.⁸

Las sesenta monjas aquí retratadas son las destinatarias del manuscrito, las alumnas primero de Relinda y luego de Herralda, pero son también las que contribuyeron a redactarlo con el esfuerzo intelectual y físico de la escritura y de la pintura. Casi un colofón.

Son destinatarias también en otro sentido: la obra educativa de las dos abadesas sirvió para que las jóvenes pudieran moverse por el mundo. La acción magistral de Herralda, primero alumna de Relinda, luego maestra ella misma, se materializa cuando las alumnas están preparadas para moverse en el mundo, fundando nuevos monasterios, ocupándose de otras jóvenes... La última monja del fondo no tiene nombre: ¿querrá simbolizar a las conversas, o más bien a las destinatarias, a las futuras generaciones?

Estas figuras de antaño son hoy nuestras maestras: en mi práctica de la enseñanza –y en la de otras de la *autorreforma*–, en el cuidado y la atención a lo que ocurre, a las relaciones que se entablan entre alumna y profesora y entre las alumnas, reconozco prácticas bien representadas en las dos autoras. Desde que empecé a acercarme,

sobre todo a Herralda y, a través de la investigación de Mariri también a Hildegarda, he modificado mi relación cotidiana con las alumnas. La libertad que he visto actuar en las palabras de Hildegarda y en el uso de las imágenes por Herralda, la he hecho mía. Mi relación con las alumnas está marcada por ello y ha encontrado significados nuevos.

Hoy, en Italia y en otros sitios, los medios de comunicación de masas lanzan continuas alarmas sobre la decadencia de la enseñanza. Descontento, desinterés, hostilidad, provocaciones, agresividad juvenil, son los términos que se repiten en las páginas de los periódicos cuando se habla de la enseñanza. Se preguntan sobre cómo detener todo esto: se hacen congresos pensando que un aumento del uso de la técnica podría captar el interés de las nuevas generaciones, se proponen "calmantes" para los hiperactivos, se incrementan las normas y los castigos...

La escuela, según la presentan los medios de comunicación, refleja un tejido social que no se sostiene y muestra una descomposición de las relaciones. En la enseñanza, el malestar afecta sobre todo al componente masculino, agresivo y violento, que difícilmente se consigue contener.

Pero la enseñanza funciona. Muchas profesoras siguen haciendo su trabajo de civilización. En Italia se asiste desde hace ya muchos años a una progresiva feminización tanto de quien enseña como de quien aprende. Hay experiencias positivas en todos los ámbitos de la escuela.

Por primera vez en muchos años de enseñanza y por causas del todo fortuitas, estoy experimentando una continuidad de cinco años con la misma clase, enseñando italiano e historia durante un número discreto de horas semanales, en una escuela en la que con frecuencia se confunde la persona con la función, en la que los cambios de profesorado y la fragmentación de los tiempos son considerados

funcionales al buen funcionamiento de los presupuestos. La relación docente-discente necesita, en cambio, tiempos largos, que el modelo actual no permite. En cambio, Hildegarda nos dice, y de ello tengo experiencia, que tiene que haber una presencia constante, un referente fijo con el que poder contar, como las discípulas que escriben a la madre espiritual sabiendo que ahí encontrarán escucha.

Estaba y sigue estando la idea de que la enseñanza sirve para *cubrir lagunas* en vez de *abrir horizontes*. Por ejemplo, en las actividades de la tarde todo tiene que encaminarse a la recuperación de las asignaturas o, al máximo, al deporte. Pero esta actitud es limitada porque ignora que muchas veces la recuperación se puede hacer tirando a lo alto, no acunando la pelota. Tanto es así que las chicas que conmigo y una colega –Giannella Sanna, con la que he entablado una relación fuerte y visible, trabajando juntas con participación de las emociones, intercambio de opiniones y pareceres, comunicando siempre de modo límpido y sincero- se dejaron implicar por las tardes en un laboratorio de historia de la resistencia al fascismo. Estas chicas han hecho “recuperación” con una respuesta distinta y alta. Al año siguiente, las mismas alumnas solicitaron que la iniciativa continuara: este fue un gran paso adelante porque no hicieron solo de participantes en una actividad propuesta por las profesoras sino que se convirtieron en sus promotoras, también ante las demás compañeras. Tomaron la iniciativa de invitar a una mujer extraordinaria, Goti Bauer, superviviente de la deportación: entendieron la importancia de la cercanía de una persona como esa, no solo para ellas sino para darla a conocer a los compañeros y compañeras en una asamblea abierta a todo el colegio.

Hoy, esas mismas alumnas, en vez de esperar y eventualmente aceptar una propuesta y hacer lo que se les pide aunque sea participando activa y vivazmente, se han convertido en “sujetos” capaces de testimoniar y llevar su experiencia y los frutos de su trabajo a otras clases, a algunos institutos y a alguna ocasión pública. Este es un paso que necesita mucho apoyo.

Las profesoras hemos sido una especie de entrenadoras, las hemos ayudado y guiado, y apoyado si lo necesitaban, pero les hemos dejado el máximo espacio de libertad a ellas, a su deseo de saber y a su creatividad.

Si no se intenta desplazar el horizonte un poco más allá, pienso que los deseos no podrán coincidir con la realidad. Nuestros dirigentes y directores no comprenden este mirar más lejos: las alumnas lo han entendido estupendamente, y a veces han sido ellas las que han apostado alto y nos han estimulado.

notas:

1. Véase Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Barcelona: Martínez Roca, 1999, 52-53. Véase también *Hildegard von Bingen. Vida y visiones*, ed. de Victoria Cirlot, Madrid: Siruela, 1997.

2. *Ibid.*, 53.

3. *Ibid.*, 54.

4. *Ibid.*, 58

5. Marirì Martinengo ha estudiado el epistolario.

6. Carta XCVI.

7. Carta XCVI.

8. Marirì Martinengo, Claudia Poggi, Marina Santini, Luciana Tavernini y Laura Minguzzi, *Libres para ser. Mujeres creadoras de cultura en la Europa medieval*, trad. de Carolina Ballester Meseguer, Madrid: Narcea, 2000, p. 157.

Fecha de recepción del artículo: abril de 2008. Fecha de aceptación: mayo de 2008.

Palabras clave: Pedagogía de la diferencia sexual – Hildegarda de Bingen – Heralda de Hohenburg – Autorreforma de la enseñanza – Política de las mujeres.

Keywords: Pedagogy of sexual difference – Hildegard von Bingen – Herrad of Hohenburg – Self-reform in teaching - Women's politics.